

Palabras pronunciadas por el escritor y animador cultural Pablo Boullosa en la celebración de los 50 títulos de la colección Biblioteca Mexicana el 28 de enero de 2016 en la librería Octavio Paz del FCE en la Ciudad de México.



DISCURSO

Celebración de Biblioteca Mexicana

PABLO BOULLOSA

Hace 101 años, cuando estaba en Madrid, Alfonso Reyes escribió *Visión de Anáhuac*, uno de sus textos más conocidos. En ese breve ensayo, Reyes emplea dos expresiones que me parece conveniente repetir en el aniversario y festejo de la colección Biblioteca Mexicana, dirigida por Enrique Florescano y publicada por el Fondo de Cultura Económica y la Secretaría de Cultura. Esas dos expresiones son “comunidad de esfuerzo” y “obra de acción común”. La colección Biblioteca Mexicana refleja y ayuda a divulgar, precisamente, la gran comunidad de esfuerzo de los mexicanos en las tareas importantes que llevamos a cabo.

Una nación no es solamente un territorio físico poblado de personas, ni una entelequia mitológica, mucho menos una estadística demográfica o económica. Tampoco es tan sólo un matrimonio, bien o mal avenido, entre una población y un cuerpo legal y político. Me parece que una nación es, por encima de todas sus demás características y facetas, eso que dice Alfonso Reyes: una comunidad de esfuerzo y una obra de acción común.

Cuando hablamos de los logros de los mexicanos, con frecuencia acuden a nuestra mente los nombres de grandes sabios y de grandes creadores. Preferimos no imaginarnos un México sin Lucas Alamán, sin Amado Nervo, sin López Velarde, sin José Vasconcelos, sin Diego Rivera, sin Octavio Paz, sin Juan Rulfo, sin Mario Molina.

Pero esas grandes figuras son sólo el fruto más refinado de un esfuerzo que es también colectivo. La inteligencia siempre tiene un altísimo componente social; cuando nacieron nuestros grandes escritores, las potencias de la lengua española ya estaban allí, como esperándolos. Y cuando nacieron los grandes científicos de nuestro tiempo, algunos de ellos mexicanos, ya se habían descubierto la tabla periódica y la excitación de los electrones.

Pero además de que la inteligencia individual sólo puede desarrollarse con las herramientas cognitivas que han sido creadas en común por innumerables gene-

raciones, nuestro país, al igual que el mundo contemporáneo, es altamente colaborativo. Los académicos mexicanos pueden hacer investigación porque otros mexicanos están cultivando la tierra, otros más están generando riqueza en la industria y el comercio, otros más administrando los servicios del Estado, todos ellos pagando impuestos. A fin de cuentas, sin restarle mérito alguno a las mentes más fecundas de México, hemos de considerar siempre la comunidad de esfuerzo y la obra de acción común.

Por supuesto, los alcances de esa obra mexicana de acción común son vastísimos y acaso inabarcables. Lo que puede hacer una colección de 50 títulos es apenas dar una noción general de dicho esfuerzo colectivo. Y en este sentido, esta colección es como un mapa que nos permite visualizar lo que hemos logrado juntos los mexicanos.

Salvo aquellos mapas desmesurados que imaginó Borges y que tenían exactamente las mismas dimensiones que el territorio que representaban, la característica esencial de los mapas es la reducción. Si pensamos, por ejemplo, en la música en México en el siglo XX, es obvio que no toda la información respectiva cabe en un solo volumen. Pero resulta que Aurelio Tello emprendió su reducción y por eso contamos con el volumen correspondiente de la colección que hoy celebramos. Por otro lado, el mapa no agota su función en la reducción, sino en el momento en el que el usuario vuelve a darle, al menos mentalmente, su dilatada dimensión. De la misma manera, todos los títulos de esta colección invitan a pensar en ámbitos muy dilatados.

Ya hemos acudido a otra metáfora cuando hemos dicho que la colección Biblioteca Mexicana es un “reflejo” de nuestra grandeza colectiva. Pero no existe reflejo si no existe también el espejo. Ahora, ¿cuánto cabe en un espejo? Todo lo que la luz nos permita poner en él. Desde lo invisiblemente pequeño hasta lo invisiblemente lejano (pues los microscopios y los telescopios funcionan con espejos), pasando por nuestra realidad cotidiana y, desde luego, por nuestro propio rostro. La colección Biblioteca Mexicana está hecha de espejos y ella misma es, al reflejarla, espejo de la nación.

No es sólo una casualidad heptasilábica que Enrique-Flo-res-cá-no sea el autor de *Es-pe-jo-me-*

xi-cá-no, título que también forma parte de esta colección. Tampoco es casualidad que esta colección pueda verse como una extensión natural del trabajo de toda una vida, la vida fértil de Enrique Florescano, dedicada a dar cuenta de las historias de nuestro maíz y nuestra agricultura, nuestros mitos y nuestros símbolos, nuestra imaginación y nuestro patrimonio, nuestras maneras de representarnos a nosotros mismos y de interpretar nuestro pasado.

Si los espejos nos devuelven imágenes, y colocados frente a frente las multiplican, desde hace muchos años Enrique Florescano ha estado fabricando y colocando los espejos de nuestra memoria, y animando a muchos otros a continuar luchando contra el desvanecimiento de las imágenes, es decir, contra el olvido.

En Murano, una pequeña isla al norte de Venecia, se fabricaron, a partir del siglo XIV, los primeros espejos de vidrio transparente y fondo de azogue que tan nítidas imágenes nos ofrecen. Esos espejos alentaron la reflexión y la autocrítica, y sin ellos acaso Europa no habría dominado el mundo a partir del siglo XV. De acuerdo con López de Gómara, en su momento los indígenas prefirieron esos espejos al oro, algo perfectamente racional. La experiencia de mirarnos a nosotros mismos es inmensamente importante. “Ay de los que no han osado descubrirse a sí mismos”, dice también Alfonso Reyes, a quien Enrique Florescano llama “el más universal de nuestros escritores”.

Quiero terminar con una frase interrogativa del mismo, universal Alfonso Reyes. En *México en una nuez*, texto leído por primera ocasión en Buenos Aires, Reyes se hace una pregunta que sin duda muchos lectores de los volúmenes de la colección Biblioteca Mexicana también se habrán hecho, y muchos otros habrán de hacerse en el futuro. La pregunta es la siguiente: “¿de suerte que todo esto teníamos en casa y no lo sabíamos?”

Gracias por su atención. ◀

Palabras pronunciadas el 28 de enero de 2016 en la librería Octavio Paz, durante la celebración de los 50 títulos de la colección Biblioteca Mexicana, publicada por el FCE y la Secretaría de Cultura.